

BOLÍVAR Y EL DEVENIR EN LA NATURALEZA

Bolivar and beterning in nature

Recibido: 2 de octubre de 2013 / Aprobado: 21 de octubre de 2013

*Claudia Arcila Rojas**

Resumen

Las circunstancias del hombre están tejidas en la experiencia vital desarrollada en medio de condiciones materiales que supeditan la razón al devenir de la realidad para hacer del conocimiento una construcción destilada de las preocupaciones míticas y concentradas en las ocupaciones de la pregunta. Sobre el rigor epistemológico que supone preguntar la naturaleza, Simón Bolívar contempla la geografía con el precedente de las contradicciones políticas y económicas que estimulan su lucha y, en el delirio poético producido por la belleza de la naturaleza, hace del lenguaje una metáfora revolucionaria desde la cual ve la verdad y la asume como una prueba de amor al pueblo en su ineludible propósito de cumplir la libertad. El presente texto pretende dar cuenta de esta experiencia del Libertador fundamentada en "Mi delirio sobre el Chimborazo".

Palabras clave:

Devenir; Estética; Poética; Naturaleza; Verdad.

Abstract

The circumstances of man are woven in life experiences and are developed within material conditions that subject reason to reality in order to turn knowledge into a construction based on mythical concerns to focus on issues and question. Regarding the epistemological rigor that is needed to question nature, Simon Bolivar considered geography along with the precedent of political and economic contradictions that stimulated his struggle, and the poetic delirium produced by the beauty of nature; likewise, the poetical delirium produced by the beauty of nature turned language into a revolutionary metaphor from which he sees his truth and makes it proof of love for his people and his unfinished purpose to accomplish freedom. The following text intends to explain the Liberator's experience based on "Mi delirio en el Chimborazo".

Keywords:

Deterning; Poetry; Nature; Truth.

Forma de citar este artículo en APA:

Arcila Rojas, C. (2014). Bolívar y el devenir en la naturaleza. *Revista Perseitas*, Vol. 2 (No 1), pp. 11-36.

* Doctora en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana. Profesora de tiempo completo del Departamento de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Medellín. Integrante del grupo de investigación Somos Palabra de la Universidad de Antioquia. Medellín-Colombia. Correo electrónico: carojas@udem.edu.co

La primacía de la materia sobre la idea

Prosaico camino el que detiene la mirada, pasos de estética composición acumulando imágenes descritas en delirante y decantada experiencia poética; palabras rozando la geografía y habitando la magia de su arrolladora belleza, moviéndose entre “el manto de iris” (Bolívar, 1978, p. 405) y “las encantadas fuentes amazónicas” (Bolívar, 1978, p. 405) desliziéndose en el rumbo gramatical de la naturaleza que conduce a la metáfora humana que “es probablemente la potencia más fértil que el hombre posee. Su eficiencia llega a tocar los confines de la dramaturgia” (Ortega y Gasset, 1994, p. 36), del delirio descriptivo que no agota su enunciación hasta tanto lo contemplado y grabado por los sentidos no se sumerja en el agua de las palabras. La contemplación de Simón Bolívar sobre el Chimborazo es quizá el evento poético de mayor profundidad en el suelo filosófico, puesto que el más puro sentimiento humano se vuelve palabra de glorificación en el esfuerzo cumplido como promesa de la liberación en la acción que trasciende la leyenda para convertirse en hecho histórico.

La acción poética está contenida en el trágico deambular por las circunstancias, en el encaramiento del dolor que es expresión de la opresión en el desempeño infausto de quienes no han comprendido la verdad en el origen de la belleza. La naturaleza no oculta sus encantos, aunque en su devenir la contradicción disuelva la imagen que prologa la voz poética. El sendero de la tragedia es también la decisión del sacrificio, en cuyo desalojo humano se fuerza el carácter de la lucha, y ésta, como grafía histórica, constituye la sinopsis de los nuevos compromisos con la pregunta, es decir, con la voluntad franca de no renunciar, ni siquiera, a los más hostiles caminos. Caminar es abandonar la resignación al dolor y a la muerte; es asumir el cambio que acepta a la naturaleza como la obra de la perfección dinámica realizándose en indetenibles actos de belleza: expresiones de abundancia y ruina donde el movimiento es precedente estético, en el cual también el hombre tiene su ontología.

En esta perspectiva, el lenguaje, como antesala del pensamiento, es también naturaleza dialéctica donde el mundo y la sociedad se recogen como texto de poética construcción humana; como tejido en el color de la identidad que define las formas de la belleza desde los moldes de la dignidad, la libertad

y la justicia; desde el eco geográfico, donde el tiempo es himno de los pueblos que no se abandonan a la vergüenza. La estética de la naturaleza es tomada como poética en la palabra humana que se deja asaltar por el conjuro histórico para obrar en la materia de una patria que pasa por la metáfora del mito hasta cumplirse en la realidad como gloriosa acción colectiva.

Pero es además relevante la musicalidad poética que se extiende como relámpagos que en medio de la oscuridad permiten el fugaz encantamiento, haciendo, en la inmediatez de la luz, un anuncio que provoca el despertar del nuevo día. Es la melodía y la poética el vehículo de metafórica fuerza creadora en el acontecer de “una expresión que es solo humana en la emoción y en la efusión mística, en la música y en la poesía” (Colli, 2005, p. 33) como un logos emancipador donde la vida es insumo para el pensamiento, y este es razón de la acción que transforma, propone y crea; hecho heroico enunciado en “las palabras delirantes de una poesía simbólica” (Colli, 2005, p. 34) que contiene la grandeza del hombre y de la causa que defiende: “Un guerrero, por grande que sea, por mucho que deslumbren sus victorias y por decisivas y trascendentales que se las considere, no alcanza tal imperio como la acción de su brazo no esté acompañada por la acción de su pensamiento y si la acción de su pensamiento no es correlativa a la acción de su brazo” (Mora, 1999, p. 17), pues el mundo es nombrado para acercarlo, para desentrañarlo y reconstruirlo en la palabra que dialoga con lo trascendente e interpreta “el reflejo de la conquista de la visión suprema” (Colli, 2005, p. 34). Por ello “El mito es el habla que toca antes que nada y en sus fundamentos a todo ser humano, es el que hace pensar en lo que aparece y en lo que es” (Heidegger, 1972, p. 16), es el que promueve el encuentro entre la realidad y la palabra que interroga y desentraña para “sumergirse en el pasado divino” (Colli, 2005, p. 36).

Desde la remembranza estética, el presente de la belleza se enfrenta a la existencia desde la fecundidad de la metáfora donde la inmensidad del paisaje hace posible la condición humilde del hombre postergado ante las páginas de la naturaleza para descifrar sus silencios y dejarse llevar en la voz de legendarias plegarias. Para El Libertador esa voz fue la traducción de las huellas geológicas absorbidas por la sabiduría del tiempo para expresarse como significación de los espacios que contienen los silencios de la verdad, y en esa

medida sostener el diálogo en la elocuencia y sutileza de la escritura, es decir, de las marcas que con dolor hacen sentida la vida.

La escritura es la obra del pensamiento que se cumple gracias a que lo humano está habitado por el lenguaje; es el hogar de la palabra, y en ese sentido, el templo de la belleza, la cual implica padecer la vida, condición necesaria para que el héroe se encumbre por los difíciles caminos del artista. El orden de la naturaleza es también el laberinto de la belleza que sólo puede ser transitado, reconocido y sentido por quienes en la glorificación de sus actos hacen heroica su causa y memorables sus hazañas. Simón Bolívar en “Mi delirio sobre el Chimborazo” vierte la sensibilidad del hombre en compromiso real con el conocimiento del mundo, que no es otra cosa que el conocimiento de la naturaleza humana en su indigencia y precariedad de justicia.

En “Mi delirio sobre el Chimborazo” (Bolívar, 1823) el Padre de la Patria se declara turbado ante el lucimiento de la naturaleza, pero bajo una experiencia de lucidez que lo pone en diálogo con la realidad y, por consiguiente, en cercanía con la verdad que invita a ver en lo más humano, frágil y carente, la responsabilidad de mantenerse en la misión de la transformación, como vía idónea de oponerse al crimen, a sus mentiras y manipulaciones. Con la palabra se accede al mundo y a la opción real de su pensamiento; en ella se describe el afuera, se narra su orden y sus cambios, pero también se nombra y se interroga el sujeto lingüístico; se define dentro de esa exterioridad que deja de ser exterior, en tanto es aproximada por la palabra. “El mundo es mi representación”, había dicho Schopenhauer en 1819, produciendo eco en la forma de pensar del siglo XIX y XX y haciendo general la sospecha de que todo gira en una disposición cerebral, en la cual voluntad y conocimiento estrechan sus fuerzas argumentativas para exponer el cuadro del universo físico y moral.

Ahora bien, ese cuadro rompió sus marcos y puso en evidencia que, aunque el mundo acontece en la palabra y, en muchas ocasiones, adoptar el afuera al molde cognitivo parece ser una coincidencia afortunada, lo cierto es que las sospechas del sujeto epistémico deben lograr equivalencia entre las pesquisas y los datos que arroja el mundo para resolverlas. Si el mundo es el primer momento gramatical en la sucesión de acontecimientos que anuncian el

devenir, es imprescindible hacer hincapié en la experiencia de observarlo para poder leerlo, y es innegable además, que su transferencia a la palabra puede conservar la armonía, la unidad y la fluidez en el acto fiel de la transcripción: en el “devenir se oculta un orden, una lógica interna, unas leyes que lo organizan y relacionan los antecedentes con los consecuentes” (Farre, 1963, p. 40).

De esta forma la oralidad y la escritura se entienden como apéndices del mundo que es contemplado para contarse, para decirse, para explicarse en el momento preciso de su manifestación en la conciencia, entendiendo que ese momento captado por el lenguaje no es una explicación definitiva de su naturaleza, ya que la metáfora del afuera y del adentro, es como el río heraclíteo que brinda un sorbo de su agua, pero que, al repetir el acercamiento y la intención, ambos elementos de encuentro y comunicación han cambiado. Bajo este mismo evento gramatical, San Agustín (1981), en la consideración de la “belleza y gracia” (p. 106) de lo existente como un conjunto en movimiento, afirma que las cosas “son partes de un todo que no existen al mismo tiempo: unas van y otras vienen y en este sucederse unas a otras constituyen el universo del que son parte” (p. 102), vinculando esta simetría cósmica con la ocurrencia que las partes del mundo van teniendo en la palabra: “Nuestra conversación sigue la misma regla, pues se sirve de sonidos portadores de un significado. Una frase no tiene sentido completo hasta que cada palabra, una vez pronunciadas sus sílabas, da lugar a la siguiente” (San Agustín, 1981, p. 102).

Parece nítido el nivel de correspondencia existente entre el universo y la palabra que lo acerca, en el sentido en que ambos son una mutación que podría explicarse en la traducción que Luis Farre (1963) propone del fragmento 8 de Heráclito: “Lo contrario se pone de acuerdo; y de lo diverso la más hermosa armonía” (p. 115), el más claro evento orgánico de la naturaleza que se mueve de manera continua sin dejar inconcluso ninguno de sus procesos; cambia el día hacia la noche, y retorna ésta a la luz que completa su estado; la guerra con su horror y desmedida, con sus lagos de sangre y sus dolores amordazados, tiene el giro a su contrario, cede en la inclemencia de sus actos y obedece a la fuerza de la unidad y la justicia, se doblega en sus intenciones, se mutila en sus alcances y perece en el rostro del fuego que consume sus páginas y redacta otra historia; va la vida hacia la muerte, como un arco, como una espada, como

un látigo, como una prisión, como un fusil que desprende su sentencia para definir el instante; trae la tormenta el rayo y el trueno, “vemos el rayo antes de oír el trueno” (Greene, 2001, p. 73) como un reflejo de la preeminencia de lo gramatical frente a lo fonético, o de lo sensible frente a lo nominal; como un anuncio de la luz que comporta en su arrolladora belleza, la serenidad y el reposo que entona “la canción que canta la naturaleza en el tranquilo deambular de los cuerpos celestes y en el alboroto de las detonaciones de las partículas subatómicas” (Greene, 2001, p. 157).

En esta metáfora cósmica, los hilos del universo “orquestan la evolución del cosmos” (Greene, 2001, p. 157) y permiten que el cambio sea un agitar “en ráfagas a través de un universo eólico” (Greene, 2001, p. 157), es decir, dinámico como el agua que “corre por el arroyo, por el río, y que, aunque, aún en el mismo mar, se inquieta incesantemente en olas” (Farre, 1963, p. 33), originándose y pereciendo en la dialéctica revelación de sus fenómenos. Las cosas están en un permanente nacer y morir, “y naciendo, comienzan a ser; crecen para llegar a su perfección y, cuando la tienen, se envejecen y se acaban” (San Agustín, 1981, p. 102); pero es el momento de su perfección el que conserva la lógica del universo, manteniendo la fuerza de su melodía, donde no hay silencios ni ausencias que permitan sospechar el atisbo de una incongruencia; es una vibración continua en resonancias de un orden complejo e incierto, pero completo, ígneo y dialéctico; no hay esperas ni omisiones, en él “unas cosas pasan para que otras ocupen su lugar y se integre el mundo en todas sus partes” (San Agustín, 1981, p. 103), se enuncie y se haga pieza de la naturaleza humana en las continuidades lingüísticas que permiten apreciarlo y aprehenderlo.

Ahora, siendo el mundo también una configuración histórica, ha de asumírsele en estrecha vecindad con el hombre, no sólo por ser construcción amparada por una armonía intrínseca a su pertenencia al cosmos, sino porque padece las alteraciones o modificaciones que los diferentes movimientos humanos sobre él ejercen. “Lo que es verdad para el espacio, lo es también para el tiempo” (Greene, 2001, p. 84), y sólo se concibe la esencia de la verdad cuando, desde la objetivación, se logra comprender en el ámbito de la experiencia, haciendo de este proceso aprehensivo significación y vivencia de la metáfora.

Desde esta óptica se evoluciona de la gramática a la metáfora, entendiendo la ontología lingüística del hombre, que, “sólo en la medida que habla, piensa” (Heidegger, 1972, p. 21), que sólo en la medida que piensa articula coherentemente el mundo con la palabra. De ahí que la palabra deba ser hallada y perforada para que el decir se cumpla:

Las palabras son pozos de agua en cuya búsqueda el decir perfora la tierra; pozos que cada vez hay que hallar y perforar de nuevo, fáciles de cegar, pero que en ocasiones van brotando también donde menos se espera. Sin el retorno siempre renovado a los pozos permanecen vacíos los baldes y barriles o, al menos, su contenido se vuelve agua estancada (Heidegger, 1972, p. 127).

Es justamente bajo este horizonte que el pensamiento aflora como página de la realidad, en cuyo texto, la palabra toca los confines del universo, divisan-do en sus definiciones los principios de la naturaleza, que son a su vez, las razones del hombre, y no sólo como categorías de origen, sino de búsqueda en la necesidad de respuestas, tal como lo insinuara José Antonio Miguez en el prólogo al texto de los principios de la naturaleza de Santo Tomás de Aquino (1981):

El conocimiento del mundo hacía prever y posibilitar una serie determinada de fines. Entonces el individuo aparecía como solidario ético del cosmos, poniendo a su servicio la nota lógica de su acción a la vez que la grandeza de su entendimiento (p. 15).

Bajo esta perspectiva, grandeza cósmica y cognitiva, se revela en la historia epistemológica que pone en evidencia la coincidencia de que en el mundo:

Un ígneo prodigio nos ilumina las olas, que lanzando chispas, se rompen unas contra otras (...), reluce, fluctúa e ilumina extendiéndose; los cuerpos se abrazan en la carrera nocturna, y en todo el contorno hay un desdoblamiento de fuego. Reine pues, así Eros que dio principio a todo. ¡Gloria al mar! ¡Gloria a las ondas envueltas en el fuego sagrado! ¡Gloria al agua! ¡Gloria al fuego! ¡Gloria al singular prodigio! (...) ¡Gloria a los vientos suavemente prósperos! ¡Gloria a las cavernas llenas de misterio! ¡Sed altamente celebrados aquí vosotros, los cuatro elementos! (Goethe, 2000, p. 249).

Una grandeza que linda con el cambio, dentro del suceder que las cosas sufren en el tiempo y en el movimiento; grandeza pues, de lo que siempre se

está haciendo; de lo que habita en la materia y acontece en la forma, de lo que está en potencia al acto, y de este, a la palabra, que es origen de la definición y conocimiento logrado de las cosas, pero está también en la palabra un primer impulso al movimiento de lo que anuncia, el elemento que compone, que trae sobre sí el origen de la significación a enunciarse; los grafemas inalterables que, como átomos deambulantes componen las sílabas encaminadas a los conceptos; “las letras se dicen elementos de los vocablos” (Tomás de Aquino, 1981, p. 40) como piedras fundantes del oráculo en sus revelaciones, como plegarias del rito, como sermón bíblico que recuerda la palabra diciendo y en su decir creando.

Es el ciclo del artífice y su barro, que desde tiempos memorables mueve el paso de la mente para iluminar el ancho sendero de la existencia. La conduce en el arduo anhelo de la claridad corriendo los disfraces que han mantenido ocultos los diáfanos rayos de la verdad que en la tiniebla se mantuvo silenciada; rememora el resplandor de la palabra que explora la apertura de lo anónimo hecho identidad en la silueta de la perfecta circularidad; la luz define lo desconocido para nombrar el concepto que también significa la semilla de la tierra, el desplazamiento del agua, el mensaje del aire y la llama del fuego; totaliza el universo en la forma próxima del lenguaje que puede predicar, y en esa medida, acercar la extensión y la profundidad del universo como en un torbellino de memoria que recorre imágenes y murmullos del hogar cósmico. “El hombre no es nunca un primer hombre; comienza desde luego a existir sobre cierta altitud de pretérito amontonado. Este es el tesoro único del hombre su privilegio y su señal” (Ortega y Gasset, 1994, p. 32), su historia y su orden en la consideración de un principio que “se tiene de algún modo en más que la causa y la causa en más que el elemento” (Tomás de Aquino, 1981, pp. 40- 41).

Muy seguramente se hace traslúcido el hecho de que la mirada pueda ser espejo del mundo, pero también el mundo imagen de lo estético, pues sólo aquello que logra cautivar de tal forma los sentidos, cobra registro y réplica en una palabra que no desiste en su intento de nominar “una única versión verdadera para la explicación más profunda y fundamental del funcionamiento del mundo” (Greene, 2001, p. 206), tan profunda y fundamental como el encuentro de elementos, reflejando en su misterio y poder la fuerza y belleza de

la naturaleza; tan profunda y fundamental como el anuncio y la obra creadora que otorga aliento de vida; tan profunda y fundamental como los hilos vibrantes que sostienen en su melodía la pesada radiografía orgánica del universo; tan profunda y fundamental como la razón que indaga y predica la incertidumbre y el asombro por un mundo que, en sus cambios, parece dejarse atrapar en arduos y disciplinados cuerpos de metáforas que ven alejarse sus predicciones, sus explicaciones y sospechas.

Metáfora del afuera cósmico y del adentro lingüístico, que actualiza continuamente la respuesta del entendimiento. “Sorprenderse, extrañarse, es comenzar a entender” (Ortega y Gasset, 1983, p. 40) que todo nuevo día es un reto estético y cognitivo ante el universo, sus apariciones y mensajes; una nueva mirada que le sirva de cristal al conocimiento, cual Minerva “con los ojos siempre deslumbrados” (Ortega y Gasset, 1983, p. 40) y con el vuelo dispuesto a inspeccionar nuevos territorios “en la anatomía secreta del instante” (Ortega y Gasset, 1983, p. 150), donde se posibilita “la mágica palabra que revienta de luz” (Ortega y Gasset, 1983, p. 164), palabra de conocimiento en sintonía con el objeto, con su claridad, con su ambiente y sus alteraciones.

La palabra es evento gramatical, en tanto se describe un universo sucesivamente ordenado, coherentemente dinámico e inigualablemente lógico; un universo que, en su extraordinaria potencia, produce la admiración con sus actos; reverencia la palabra por cuanto en ella recae el legítimo derecho de igualarlo, de seguirlo en sus pasos de refinados acontecimientos; de secundarle sus vertiginosos cambios: de justificar sus ambigüedades climáticas, de ofrecer razones por su calentamiento inesperado, de precisar la concordancia oculta. Si “para el ateniense vivir era hablar, decir (...) dando al viento en formas claras y eufónicas la más arcana intimidad” (Ortega y Gasset, 1983, p. 180), para la modernidad, el interés por la física lo hace cercano al logos y a su “mágica potencia” (Ortega y Gasset, 1983, p. 180) de transparentar las escenas del mundo en ese transmutar de la materia que revela formas para hacer acto “las partes con relación al todo y lo simple con relación al compuesto” (Tomás de Aquino, 1981, p. 44).

No cabe duda de que, en la apuesta por el conocimiento, el primer intento equivale a la reconstrucción de la experiencia que, una vez alojada en los sentidos y en el cuerpo, transita el filtro de la conciencia para hacerse objeto de preguntas, y por consiguiente, razón de zozobra en la ansiedad del entendimiento. Desear entender el mundo constituye así el momento inicial de “recuperar lo que ya se había realizado y vivido” (Colli, 2005, p. 14); de recordar la acción existencial, donde todo pasa por el habla como elemento natural del ser humano, pues “solamente el habla capacita al hombre ser aquel ser viviente que, en tanto que hombre, es” (Heidegger, 1987, p. 11), pero que, en tanto ser humano, transforma.

Vivir, entonces, es participar del mundo en esa acción que es una definición en el lenguaje, es predicación de la experiencia que se tiene con el mundo, en tanto él es palabra en el acontecer imperecedero del verbo, en el cual se traza el riesgo de vivir en reciprocidad con el movimiento atento al resonar y agitar de la sangre, de su danza metafórica dentro de un cuerpo que es torrente de ideas, de sueños, delirios, pensamientos y acciones. Y es justamente en dicha alteración inagotable, donde el rostro de la verdad mueve sus velos en un ademán que invita a la nueva y enriquecida pronunciación de su silueta en sigiloso movimiento, en el paso preciso que parece proponerle nuevas rutas al laberinto, es decir, desafiantes caminos hacia la conquista de la siempre renovada respuesta.

Hacer mientras se crea en la afilada intuición que esculpe imágenes entre “el juego artístico de la belleza, (...) y el artificio de la mente” (Colli, 2005, p. 28); hacer en el encumbrado laberinto que deja ver el espejo escritural de “juego y violencia” (Colli, 2005, p. 29) en la geométrica complejidad del riesgo, de la confrontación y la contradicción, en las cuales la obra humana tiene como suelo innegable la razón, a través de la cual “se llega al conocimiento del dolor y del camino para vencer el dolor” (Colli, 2005, p. 30), “para captar y aprovechar el momento de lo que sería (...) una penosa agonía” (Álape, 2007, p. 17) de cuya esencia el testimonio histórico, lanza, como una piedra que apunta apresurada al aparente apaciguamiento de un ave sobre la cumbre de un árbol, premoniciones de un destino, “huellas escritas en las palmas de las

manos: grietas definitivas en la mirada,” (Álape, 2007, p. 17) en las cuales el texto de la historia hace “que el porvenir sea profetizado” (Ortega y Gasset, 1983, p. 23).

De esta manera, la gramática del universo atraviesa la semiótica de lo que aún no ha sucedido, se mueve sobre “el hilo del ‘logos’, de la necesidad racional” (Colli, 2005, p. 32) de encontrar el tiempo de la morada, es decir, el momento de la salvación, donde la “euforia mística” (Colli, 2005, p. 33) permite que la palabra divinizada en las manos y en la mirada del tiempo, convierta el “terror sagrado” (De Zubiría, 1983, p. 187) que manifiesta Bolívar en “Mi delirio sobre el Chimborazo” “en la música y en la poesía” (Colli, 2005, p. 33) que es diálogo dándole brillo a “la conquista de la visión suprema” (Colli, 2005, p. 34), es decir, al elevado movimiento de la poesía como ardor divino comunicando con la posibilidad mística, con la zozobra ante lo superior, como si exhalara la estética de la verdad en la imagen que entona la eternidad y las concepciones de lo sublime.

En esta relación metafórica del hombre con el texto hecho sustantivo y verbo, acontece “el abismo del pasado” (Colli, 2005, p. 36) visto desde la cima de la memoria como aprobación de la vida que es anunciada a través del canto. Metafóricamente, la vida es un arco que declina la flecha hacia la destrucción en un recorrido melódico orquestado por la finitud y la belleza, pues solamente en el fundamento de esta realidad y su estética se puede asumir el diálogo con lo absoluto, en tanto en su palabra, la verdad constituye el telón movido de la ignorancia que le da paso a la tiniebla que debe ser afrontada para hallar la respuesta. Es allí donde la perseverancia en “el camino de la palabra” (Colli, 2005, p. 46) debe dar cuenta del sonido del encuentro que ve lo buscado y lo muestra en la experiencia vocálica.

Hacer habla en el camino de la palabra es, de este modo, el gran acontecimiento metafórico, donde se hace conciencia que la vida es un arco, en el cual, lo expresaría Colli (2005):

Se configura el más entrañable dilema que pretende, de un lado ser adivinado, y del otro, profetizado, interpretado desde el texto de sus manos y las zanjadas de la mirada, conocido en el silencio de la sabiduría que da lugar al encuentro verbal de dos individuos de carne y hueso (p. 89).

La palabra es así un renacer de la verdad que tiene el habla de la luz como sonido que rompe con el enigma y desgarrar su intención de agonismo. Decir el mundo es posibilitar su imagen, es no dejarlo pasar en el silencio que despercibe sus manifestaciones, que niega su rumbo cambiante entre el ofrecerse y ocultarse. Decir, es también cambiar, metamorfosear frente al texto cósmico que sólo puede ser captado mediante la palabra que anuncia sus apariciones, pues una vez que la aparición se niega, o evoluciona en un nuevo rostro, no quedará evidencia de su fugaz verdad frente a los sentidos humanos. “El lenguaje tiene siempre algo que está más atrás que el lenguaje mismo” (Roig, 1984, p. 5); un ente que es atrapado por los sentidos y el pensamiento; que es puesto en el ser lingüístico, cuyo evento nominal lo precisa, lo predica en el culto de enaltecer su existencia, su realidad concreta, su nombre frente a un espacio de vínculos y fenómenos, donde “lo ya existente y lo así considerado se hace tan tangible y denso que en lo sucesivo resplandece y florece” (Heidegger, 1987, p. 202) como acto de enunciación representando el mundo a través de la nominación. Pero es en el poder de la pregunta donde las cosas son atraídas a la palabra para ser divulgadas en la completud de su predicación; sin una actitud comprometida con la contradictoria belleza del universo sería imposible transportar en los nombres el maravilloso suceso gramatical que se expone a los sentidos para suspenderse en los grafemas y en su melódico desplazamiento configurador de conceptos.

Es pues relevante el papel del lenguaje como vehículo del mundo tejiendo “relaciones internas entre los conceptos que hagan posibles los ‘descubrimientos gramaticales’ (...) de un sentido de la localización en el espacio dialéctico o en el tiempo histórico” (Rorty, 1989, p. 163). Ciertamente en el lenguaje se establece vecindad no sólo con la oscuridad de lo desconocido, sino con la posibilidad de pensar la realidad que transita en la experiencia y la verdad que en dicha realidad se expone privilegiando “imágenes más que proposiciones, y metáforas más que afirmaciones” (Rorty, 1989, p. 20), en las cuales el orden expresado en la palabra convoca, desde “las reglas de un juego lingüístico” (Rorty, 1989, p.165), al entendimiento de los giros que hace el lenguaje, como transferencia dialéctica del devenir que se intenta pausar de manera consciente en la apuesta por el conocimiento.

En este desafío, donde el actuar de la conciencia es, según Sellar, citado por Rorty (1989) “el espacio lógico de las razones, de justificar y ser capaz de justificar lo que se dice” (p. 172), el mundo entra al hombre como conocimiento, y este, el conocimiento, se traduce en la apropiación de un concepto que permite “usar una palabra” (Rorty, 1989, p. 173) como brújula de observación, ya que es el lenguaje, como instrumento de acercamiento a la naturaleza, el que posibilita la ubicación de las cosas bajo la premisa de una descripción que será enriquecida con los nuevos elementos que acumule la observación. Es en el presupuesto de la condición lingüística de lo humano, que el pensamiento se intenciona a la indagación, y produce, a través de ella, el encadenamiento descriptivo, que no solamente hace retrato nominal del afuera fenomenológico, sino que expone e ilumina el vibrante orden cósmico, que, de manera siempre presente, está alterándose dentro de la inherente lógica de su naturaleza, la cual depona cualquier aseveración de certidumbre en la preeminente ley del devenir, que también pasa a ser ley de los movimientos lingüísticos que persisten en la predicación ordenada y fluida del mundo y sus continuas formas de expresarse.

Estas formas no precisan de la simpleza de la aparición, es decir, no son simplemente la particular característica de un manifestarse que pone en evidencia la materia, pues ellas mismas conservan y reflejan la complejidad de ser parte determinante de la voz del mundo; de sus elementos, fragmentos y rutas. Un mundo que se cubre, se oculta y metamorfosea entre el silencioso y arrollador rostro de su misterio.

[Madera, leña] es un antiguo nombre para el bosque. En el bosque hay caminos, por lo general medio ocultos por la maleza, que cesan bruscamente por lo hollado. Es a estos caminos a lo que se llama “caminos de bosque, caminos que se pierden en el bosque”. Cada uno de ellos sigue un trazado diferente, pero siempre dentro del mismo bosque. Muchas veces parecen como si fueran iguales, pero es una mera apariencia. Los leñadores y guardabosques conocen los caminos. Ellos saben lo que significa encontrarse en un camino que se pierde en el bosque (Heidegger, 1996, p. 10).

Lo que significa estar frente a la incertidumbre, pero con la plena percepción y sentimiento de que en esa misma geografía de lo incierto se encuentra la vía que permite el recorrido hacia la respuesta. Se trata, pues, de encontrarse

en la esencia misma de la posibilidad de camino; en la experiencia de moverse y anticiparse a la sospecha desde el cuadro del universo que se presenta como fuego consumiendo y transformando la leña, como cambio de temperatura del ente sideral convocando a la percepción natural y física donde el conocimiento se atreve al encuentro con el objeto en aparición, desde la simpatía con ese camino de bosque, que entre ocultamiento y manifestación, permite el trazado conductor al nombre del objeto que se ha sentido y observado.

El mundo entonces, con sus secretos y divulgaciones, está continuamente insinuándose en el llamado a la pregunta, está poniendo a prueba el pensamiento en su fuente lingüística para que inicie su tarea en la esencia de la investigación, que consiste, justamente, “en que el propio conocer, como proceder anticipador, se instala en un ámbito de lo ente, en la naturaleza o en la historia” (Heidegger, 1996, p. 77) para ampliar, en el manantial de la palabra el fenómeno que traspasa la mirada en “un bronco afán de ir desde sí mismo a lo otro” (Ortega y Gasset, 1994, p. 477); en una “curiosidad radical” (Ortega y Gasset, 1994, p. 477), donde la fuerza del amor, es también, y de manera preponderante, una actitud de compromiso en el componente de la otredad que implica todo suceder del conocimiento.

El amor a la sabiduría como inclinación a la verdad que puede verse

De la sabiduría como estado de compenetración entre la vida y la verdad que la mueve, se siente el amor como motor supremo de la voluntad insurrecta del engaño y el espejismo. Desde el amor, el lenguaje hace las veces de proposición anticipadora que mira su objeto en la amplitud del bosque, y se mueve hacia él soslayando la distancia, que en un primer momento permitió y favoreció la observación para una rigurosa relación entre sujeto y objeto de conocimiento, ya que un acontecimiento como “realidad vivida” (Ortega y Gasset, 1994, p. 469) puede ensombrecerse por la habitual cotidianidad de lo contingente. “Conocer las cosas no es serlas, ni serlas conocerlas” (Ortega y Gasset, 1994, p. 469); antes bien, se “requiere (...) un sector abierto en el que poder moverse” (Heidegger, 1996, p. 77), un espacio que asista la apertura del logos y la razón al interrogante tocado por “la relación entre conceptos”

(Ortega y Gasset, 1994, p. 479), que no es algo distinto a la composición de su sentido, al engrandecimiento de sus revelaciones premiando a la voluntad que las persigue.

La apertura así, como acto de amoroso compromiso con la indagación que le otorga nuevas significaciones al conocimiento, sucede “cuando en un ámbito de lo ente, por ejemplo, en la naturaleza, se proyecta un determinado rasgo fundamental de los fenómenos naturales” (Heidegger, 1996, p. 77) que logra ser apresado “en el manejo de los conceptos que son –ni más ni menos– los instrumentos con que andamos entre las cosas” (Ortega y Gasset, 1994, p. 367), la mano con la cual acariciamos las revelaciones que tiene el mundo y sus diferentes esferas. Cuando la aparición alcanza sintonía con la palabra interrogativa se da el encuentro con el espacio de búsqueda, que no es otra experiencia diferente a la del riesgo de la “invención” (Ortega y Gasset, 1994, p. 368) que “recobra aquí su intención etimológica de ‘hallar’” (Ortega y Gasset, 1994, p. 366) en actitud de disciplinada creación y composición de la obra, de obstinada y laboriosa comprensión de la materia.

Ciertamente se “vive siempre en una circunstancia única e ineludible” (Ortega y Gasset, 1994, p. 367) que indica el camino del hallazgo en una invención, construcción y descripción que “sustituye la imagen de un movimiento” (Ortega y Gasset, 1994, p. 443) con la evolución histórica que moviliza la palabra, como le ocurrió al Libertador en su diálogo con la aparición del Tiempo, hacia los “rutilantes astros, los soles infinitos” (Bolívar, 1978, p. 406), “el aire cósmico cargado con polvo de estrellas remotas” (Ortega y Gasset, 1994, p. 478), el mundo mismo entregado como circunstancia irrepetible e inevitable, pero susceptible de ser narrado y cuestionado en su complejidad y belleza.

Y es allí donde lo anunciado le propone al conocimiento seguir el camino, no desistir en la colosal tarea de crear respuestas en el colorido y tallado de sus proposiciones; respuestas que, desde “la proyección del rasgo fundamental y la determinación del rigor” (Heidegger, 1996, p. 77) acerca el objeto y le da evidencia en la predicación que no renuncia a ser renovada, revisada y corregida. Pero esta revisión, que no es agresiva con la semántica y la gramática de lo ya acontecido y divulgado, no puede ser ajena al mismo ciclo estético

y epistemológico de “elevarse verdaderamente” (Ortega y Gasset, 1994, p. 465) en las circunstancias que preparan el camino al genio de la creación, la invención y el hallazgo, como instancias literarias que fuerzan a orquestrar el texto del mundo desde el arpa del logos y el arco de la destrucción; un texto pues, que “halla ‘razones’ para nacer y aumentar” (Ortega y Gasset, 1994, p. 480) continuamente; al que se le devuelve “el atributo de la visión” (Ortega y Gasset, 1994, p. 480) para que toda nueva observación contribuya al florecimiento de su historia. Es en este texto donde el encadenamiento conceptual actúa como anticipador ante los rostros del universo, los pulsa para adherir sus vibraciones al arco que lanza y se acomoda en una nueva posición de tiro. El mundo así se atrae a la vida, y constituye con ella una relación de amor en el sentido siempre vigilante de la seducción, de la sorpresa, de la improvisación y la cópula; una relación de peligros y retos, en la cual el uno y el otro nacen y aumentan incesantemente para contribuir a la redacción de sus contingencias. Amar la vida es desear comprender el mundo, con lo cual, el tercero de esta relación será siempre el hombre en su donación de la palabra, y por ende, en su actuación transparente con lo que ella evidencia y con lo que ignora; el hombre también en reconciliación amorosa con el principio de igualdad que es fraternidad, lealtad y entereza en un “igualitarismo nacido del amor, que es por esencia gran arquitecto de jerarquías, gran organizador de los cercas y los lejos, de proximidades y distancias” (Ortega y Gasset, 1994, p. 465); arquetipo ineludible sobre el cual los conceptos y las modificaciones retornan cual oráculo que ha de orientar el avanzar entre los arbustos y malezas del camino. Se trata, definitivamente, de mantener la mirada atenta a las puestas en escena que los elementos del mundo tienen en el guión de los fenómenos, pero no simplemente como espectadores que se asombran, sino como artistas que toman dichos eventos en la asunción del barro, haciendo de la materia contenido de las palabras, de tal forma que, cada signo fonético sea un símbolo gramatical iluminado en el significado.

Desde este panorama, el mundo se torna referencia inexcusable en los conceptos, puesto que en ellos los objetos y los hechos deambulan en el filo de la navaja de la experiencia que es encuentro y reflejo en la palabra de la representación. Se aproxima y se apropia la experiencia, no como anécdota comentada, sino recreada en la sustentación teórica uniendo premisas, conse-

cuencias y conclusiones en la lógica del pensamiento emancipado por el logos “que proporciona racionalidad” (Ortega y Gasset, 1994, p. 479) en la coherencia de que lo pensado es lo visto, y por eso mismo, lo dicho. No es pues de extrañar que el orden de lo evidente deambule en la lógica de un ígneo devenir transformando lo acogido en sus llamas como metáfora que pronuncia un presente en alusión fidedigna con sus antecedentes; una referencia que logra elevarse en continuadas y contenidas fuerzas semánticas, como crecimiento inacabado de un árbol en los dictados de sus raíces, pero igualmente, en los interminables caminos de sus posibilidades, es decir, en los nuevos momentos de la semilla sobre otros suelos, sobre otras texturas y significados. Senderos de significación bifurcados y dispuestos a otras rutas para ser recorridos, senderos a partir de los cuales es la historia la llamada a instaurar otro diálogo con los saberes biográficos, subjetivos y contextuales, donde incluso el mito, en su fantástica realidad, se purifica en la luz de la regresión al hecho, pero simultáneamente en la claridad de la anticipación, donde merecidamente la palabra adopta el velo de la mántica, pero lo mueve para que dicha percepción sea corroborada en el cristal óptico que revela su veredicto, sin mengua en detalles y descripciones.

La palabra a imagen y semejanza de la naturaleza

La fervorosa poética conceptual que autoempequeñece al Libertador frente a la monumental presencia de la montaña El Chimborazo, eleva la palabra a materia humana y geográfica en simbiosis dialógica que convierte a uno y otro cuerpo en extensión de verdad y realidad conjugada, interrogándose y fundiéndose en una relación de onírica armonía y humano compromiso. Bolívar desprende los pesados párpados y escribe su experiencia; la hace palabra y testimonio de un camino que no sólo revela el encuentro, sino que evidencia el pasado del paso por la vida, por sus horrores y anhelos. Es por ello que gramática, moral y palabra son directrices de un compromiso histórico ineludible con la realidad que acecha para sumir al hombre en la desesperanza.

Ahora bien, el hecho de que lo real se precise como actuación de los hombres en un espacio de relaciones y configuraciones económicas y políticas, no pretende significar la inmovilidad de su estado. Por el contrario, constituye un

panorama dinámico que se proyecta continuamente y se problematiza o robustece de acuerdo a intereses u oposiciones que contribuyen al espiral dialéctico de la realidad. Justamente por ser esta la naturaleza de lo real, la palabra debe reconocer y apropiarse críticamente las condiciones económicas y políticas definidas por unas claras directrices de poder que sustentan y explican la lógica de la realidad. Pero no es posible tal razonar a través de la palabra, si antes no se ha establecido una coherente responsabilidad política que ponga en evidencia las atípicas circunstancias ocasionadas por pactos, alianzas y estrategias de poder. En este compromiso político de nítida posición ética, el conocimiento orienta las acciones como un fuego cada vez más extenso en sus llamas. “El progreso de las luces es el que ensancha el progreso de la práctica, y la rectitud del espíritu es la que ensancha el progreso de las luces” (Bolívar, 1971, p. 116). Bolívar retorna entonces de El Chimborazo con la claridad de su actuación y con la lucidez nominal, continuando un rumbo de inequívocas significaciones, en las cuales Latinoamérica, como pueblo y continente sirve:

De lazo, de centro, de emporio a la familia humana; (...) enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y oro; (...) distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo universo; (...) comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuán superior es la suma de las luces a la suma de las riquezas que le ha prodigado la naturaleza (Bolívar, 1971, p. 123).

Encuentro con la luz del conocimiento que une a los hombres en el ejercicio de su ser material, pensante e histórico, en el cual lo humano actúa en la perspectiva emancipatoria del mito y de sus tentáculos de dominación, es decir, vuelve sobre las palabras que se anticiparon al hecho entre juegos vocálicos originados por la necesidad, para situarlas coherentemente en el tiempo y espacio que las adopta como válidas. Nítidamente, es la libertad —o la necesidad de ella—, la que orienta este proceso de retorno y avanzada, intencionado al reconocimiento del devenir y su dialéctico desarrollo. En esta supremacía lumínica, indicada por el Libertador, acontece la transferencia comunicativa de la naturaleza a la conciencia en un avatar de sensaciones dispuestas a la poética composición del pensamiento, a su delirante razonar en la idea de un significado superior que compromete con la verdad en un deber histórico reivindicativo de la naturaleza y de su molde axiológico para el actuar humano,

y poder así “recoger los dulces tributos de la virtud, del saber” (De Zubiría, 1983, p. 163) que asumen “con indulgencia los clamores de la naturaleza” (De Zubiría, 1983, p. 163). Es clara la profundidad imbricada entre lo bello como armonía y lo lógico como orden, pues es muy “difícil apreciar dónde termina el arte y principia la ciencia” (De Zubiría, 1983, p. 166), cuando se atiende a dicha experiencia en una entonación gramatical desplegando el arco de iris hacia la metáfora de la luz que cruza el prisma y desnuda el mágico colorido de su esencia, y por consiguiente, el preciso significado de un desplazamiento, devenido encuentro, roce, alteración y belleza.

La naturaleza es así una danza lingüística dentro del envolvente baile cósmico, que es la inédita “poesía del movimiento” (De Zubiría, 1983, p. 167) mostrando “la elevación de tantos montes y altiplanos, las oscilaciones periódicas del océano aéreo, el límite de las nieves perpetuas en el círculo polar y en los bordes de la zona tórrida, la intensidad variable de las fuerzas magnéticas y tantos otros fenómenos igualmente importantes” (Humboldt, 1991, p. 6) que pasan por el vehículo del lenguaje, poniendo y diciendo en una simultaneidad pragmática y nominal, donde “poner y decir se refieren a lo mismo con una misma manera de hacer-aparecer” (Heidegger, 1972, p. 198), mediante el acto fonético, la realidad de “la dirección de las serranías y de los ríos que separan así las razas de hombres como las tribus de vegetales” (Humboldt, 1991, p. 15). Es definitivamente clara la puesta en escena que permite el lenguaje al transportar en sus definiciones la geografía y sus bifurcaciones, abriendo el camino de diferenciación con los hombres y con los demás componentes que participan en las leyes del desarrollo natural. Es en el ámbito de las leyes del desarrollo donde convergen naturaleza, sociedad y pensamiento, pero también donde se diferencian, puesto que se reconoce una estructura preliminar, un orden que expresa la ubicación de los componentes y que se asume como precedente de las concepciones, pensamientos, ideas y comprensiones que articulan formas simbólicas, en las cuales se constituyen escenarios para la codificación de prácticas y discursos habitables desde las representaciones, creencias y expectativas que interactúan e impactan el mundo de la vida.

Sin embargo, en este rigor gramatical, semántico, textual y pragmático, subyace la esencia dialéctica, dentro de una dinámica de fricción desenfrenada de oposiciones, reconfiguraciones y reubicaciones, implicadas en un ambiente de interconexiones y luchas. En este primigenio espiral en ascenso hacia un nivel superior de conocimiento, se teje sutilmente, en cada trazo de la historia de la naturaleza, la enunciación poética y literaria, componiendo y desarrollando la escena que materializa el significado y compromiso con un sentido de vida digna. Es este el nivel de mayor reverencia y sensibilidad, en tanto se persigue un objetivo que se ocupa del más complejo y holístico de los entes: la felicidad, alcanzada por la instrucción y el estudio, en tanto el ignorante “está próximo a revolverse en el lodo de la corrupción, se precipita luego infaliblemente en las tinieblas de la servidumbre” (De Zubiría, 1983, p. 167). De ahí que liberarse, sea en primera instancia, la formación en un deber de la cualificación material, pensante e histórica que permita reconocer la matriz dialéctica de “la unidad y la lucha de los contrarios” (Lovchuk, Oizerman & Schipanov, 1980, p. 17) para ser tomadas “como fuente de todo desarrollo” (Lovchuk, Oizerman & Schipanov, 1980, p. 17), lo cual significa que el papel desenmascarante del conocimiento compromete con la comprensión del modo de producción material, en el cual las ideas constituyen la razón y avance del impacto epistemológico en lo social.

En el ambiente físico, tangible y objetivo se presenta el contenido fértil del conocimiento como campo de ideas que se corresponden con el ente y su espacio de interacciones; es el mundo de lo sensorial el que convoca al trabajo cognitivo, forzando a la transposición de una imagen mental que evoluciona y se consolida como significado. De ahí, entonces, que el carácter cognoscible del universo empiece por significar para el sujeto epistémico un deber con la naturaleza, puesto que es en ella donde se origina el llamado que remonta a las “ideas generales sobre la causa de los fenómenos y su mutuo encadenamiento” (Humboldt, 1991, p. 30).

En la trascendencia social se articula, pues, el estatuto de validez y legitimidad de las ideas, puesto que la coherencia teórica, implica, simultáneamente, la expresión del objeto y su viabilidad práctica en una respuesta emancipatoria que le permite al hombre conocer y romper la nebulosa del idealismo.

Simón Bolívar, a propósito de Humboldt y de su impecable enunciación de la naturaleza, le expresa el verdadero hacer científico “que con sus ojos la ha arrancado de la ignorancia y con su pluma la ha pintado tan bella como su propia naturaleza” (De Zubiría, 1983, p. 173). El mismo Libertador busca “profesar una ciencia o un arte que le asegure un alimento honesto” (Bolívar, 1994, p. 439) que distancie y deplora “del crimen, de la ociosidad y de la ignorancia absoluta” (Bolívar, 1994, p. 439), para lo cual es necesario proceder “con la calma de la sabiduría” (Bolívar, 1994, p. 440), logrando añadir “algunas verdades nuevas a la masa de las que hemos adquirido” (Humboldt, 1991, p. 30); verdades que en el retrato de estos dos sabios conservan “las bellezas pintorescas que ofrece a los que sienten vivamente la majestad de la naturaleza” (Humboldt, 1991, p. 164), su profundamente rica variedad de datos que fecundizan la composición lingüística.

Incuestionablemente:

Pintar esas sensaciones es tarea difícil de desempeñar: obran ellas tanto más sobre nosotros cuanto tienen algo de vaguedad, producido por la inmensidad del espacio, así como por la grandeza, la novedad y la multiplicidad de los objetos en el seno de los cuales nos hallamos transportados. Cuando un viajero ha de describir las cimas más altas del globo, las cataratas de los grandes ríos, los valles tortuosos de los Andes, se expone a fatigar a los lectores con la monótona expresión de su asombro (Humboldt, 1991, p. 164).

Que significa, en realidad, la vasta unificación de palabras que no se cansan

de admirar cada noche la hermosura del cielo austral, que, a medida que avanzábamos al Sur desplegaba a nuestra vista nuevas constelaciones. (...) Es un espectáculo que sorprende la imaginación aún de aquellos que, no instruidos en las ciencias exactas, se complacen en contemplar la bóveda celeste como si se admirara un hermoso paisaje o un sitio majestuoso (Humboldt, 1991, pp. 255-256).

Ver es así la disposición al espectáculo de la verdad, a la pureza de “lo que las cosas son por sí mismas” (Ortega y Gasset, 1994, p. 16), revelándose a la mirada que atiende con asombro las manifestaciones que la verdad emplea para anunciarse y extenderse como un eco en la fonética que es “pura reflexión del ser de las cosas” (Ortega y Gasset, 1994, p. 16), y por tanto,

idea pensada desde la experiencia intencionada a “ver el mundo como él es” (Ortega y Gasset, 1994, p. 16), desde el ser, permanecer y rehacerse en la continuidad cambiante de su ontología histórica y dialéctica.

Definirse en “la obligación de la verdad” (Ortega y Gasset, 1994, p. 16) es reencontrarse con el acontecimiento de la vida que fluye en la simpleza y complejidad del movimiento, en cada instante que deja de ser fugaz cuando es adoptado por la mirada enternecida y racionalmente atenta de quien reconoce “una estrella en la soledad de los mares como a un amigo de quien se hubiera estado largo tiempo separado” (Humboldt, 1991, p. 257). Quien persigue la verdad halla en la naturaleza al amigo, al aliado; descubre su palabra y consejo de fijar:

Nuestras miradas en una costa montuosa y desierta que de vez en cuando iluminaba la luna por entre las nubes. El mar, agitado suavemente, brillaba con un débil fulgor fosforescente. Solamente se oía el grito monótono de algunas grandes aves marinas que parecían buscar la ribera. Reinaba una calma profunda en aquellos lugares solitarios; pero esa calma de la naturaleza contrastaba con las sensaciones dolorosas que nos agitaban (Humboldt, 1991, p. 265).

Concentrar en los sentidos la vida que fluye y se presenta como agua en sigilosa tormenta; entre el frío de sus corrientes profundas y la tibieza de su capa externa al roce de la luz astral; aguas de agitada suavidad, alteradas por huellas y sonidos dispersos entre rocas; devenir de la vida, que en muchas ocasiones ha forzado al tiempo a borrar “las señales características de las razas” (Humboldt, 1991, p. 232) por la imposición de realidades enmarcadas en la invasión, la ambición y la sevicia. De ahí que cuando “un pueblo semisalvaje y despojado de sus propiedades se ve forzado a vivir con una nación civilizada en un mismo país, busca como aislarse en los montes y las selvas” (Humboldt, 1991, p. 232) “para conseguir los únicos bienes, paz, gloria y libertad” (De Zubiría, 1983, p. 182). Y en este recogimiento donde se articula un nuevo eslabón de la historia como metáfora consecuente con las circunstancias, es decir, el lenguaje como posibilidad de respuestas en despliegue de la complejidad del hombre, se amolda a los sucesos objetivos que intervienen o modifican la existencia para establecer el equilibrio de la comprensión de los nuevos fenómenos, y por consiguiente, de la acción coherente ante ellos.

Conclusiones

La humanidad ha debido afrontar la realidad desde una perspectiva muy semejante a la adoptada por los primeros hombres frente a la naturaleza y su contingencia. Un primer momento de asombro y angustia —simultáneos— que atraviesa sentimientos de duda, temor, riesgo, pánico, expectativa y huida; sensaciones encuadradas en la necesidad de comprender la exterioridad, en tanto ella es textura de la cotidianidad y subsistencia de las especies vivientes. Ante lo inesperado e incomprensible, cada hombre puede responder, tal como lo reseña Konstantinov (1965) tomando las palabras del *Diario* de Gorki “valientemente seguro de su fuerza [o] llevado del miedo y en la esperanza de vencerlo” (p. 17), identificado cada uno de ellos con un llamado que puede ser escuchado desde una actitud que “se mueve incesantemente de una verdad a la que sigue, y a través de todas hasta la verdad final, cualquiera que ella sea” (Konstantinov, 1965, p. 17) o desde una actitud que “se propone como meta encontrar en el mundo del perpetuo movimiento y de las perennes oscilaciones un punto muerto sobre el que poder sustentar el dogma incommovible y sujetar el espíritu de la indagación y la crítica con las cadenas de hierro de la amonestación” (Konstantinov, 1965, p. 17).

Ahora bien, este momento problemático y coyuntural, está exigiendo, independientemente de la actitud que se asuma ante él, esfuerzo y renuncia para una praxis auténticamente liberadora, ya que una “voluntad fuerte y una activa perseverancia no siempre basta para superar los obstáculos” (Humboldt, 1991, p. 7), así como “la sabiduría de todos los siglos no es suficiente para componer una ley fundamental que sea perfecta” (Bolívar, 1978, p. 438) y directriz de la felicidad y las columnas que la hacen posible. Es pues inminente que toda respuesta en su articulación de teoría y práctica, esté auspiciada en coherencia y pertinencia con la acción que la materializa, precedida por la convicción y planificación que da confianza y movilidad en las aguas de la vida, permitiendo sumergirse y navegar en la libertad que no se expone a ser “embatida perpetuamente por la violencia de las olas y de los huracanes” (Bolívar, 1978, p. 439), que no da pie a “que la arrastren sin cesar a sumergirla” (Bolívar, 1978, p. 439), que no se arriesga a surcar el mar “con una frágil barca, cuyo piloto [puede ser] tan inexperto” (Bolívar, 1978, p. 439) que la certeza del naufragio llegue a ser el preludio de su intento.

Acertadamente, hay un primer evento donde lo contingente desborda el lugar y las certidumbres del hombre; lo expulsa de sus claridades y deseos para ubicarlo en un nuevo significado de inicio y construcción, que no puede ser ajeno al avance antropológico y semántico que mira la naturaleza como una parte del universo, donde el mismo hombre es fragmento que interroga y es interrogado.

Cada parte del globo tiene objetos de estudio particulares; y cuando no se puede esperar que se adivinen las causas de los fenómenos de la naturaleza, debe por lo menos procurarse descubrir sus leyes y distinguir, mediante la comparación de numerosos hechos, lo que es constante y uniforme, de lo que es variable y accidental (Humboldt, 1991, pp. 405-406).

Es así como se pule y se intenciona un encuentro de aprendizaje con las experiencias, y más aún, con aquellas que desinteresadamente ofrecen todo su esplendor y orden, dejándose descifrar en cada cambio que asombra por su belleza. Pero son las experiencias que rompen con esta estética y unidad propia de la materialidad cósmica, las que se tornan esquivas en su esencia, por ser parte de un desarrollo social que compromete al pensamiento con unos elementos de elevada conflictividad y complejidad. Es por ello que no es suficiente la transcripción del panorama social y sus relaciones, ya que al interior de este repelen fuerzas tan antagónicas que hacen más severo y oscuro el devenir fenomenológico en este escenario donde lo cultural y político no confluyen como cuerpo de la misma identidad y memoria.

Referencias

- Álape, A. (2007). *Tirofijo: los sueños y las montañas*. Bogotá: Planeta.
- Bolívar, S. (1971). *Escritos políticos*. Madrid: Alianza.
- Bolívar, S. (1978). *Obras completas. Tomo V*. Compilación y notas de Vicente Lecuna, con la colaboración de la señorita Esther Burret de Nagariz. Colombia: Fundación para la investigación y la cultura.
- Colli, G. (2005). *El nacimiento de la filosofía*. Barcelona: Fábula Tusquet.
- De Zubiría, R. (1983). *Breviario del Libertador*. Medellín: Bedout.
- Farre, L. (1963). *Heráclito: Fragmentos*. Buenos Aires: Aguilar.
- Goethe, J. (2000). *Fausto*. Bogotá: Panamericana.
- Greene, B. (2001). *El universo elegante*. Barcelona: Drakontos.
- Heidegger, M. (1972). *¿Qué significa pensar?* Buenos Aires: Nova.
- Heidegger, M. (1987). *De camino al habla*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Heidegger, M. (1996). *Caminos de bosque*. Madrid: Alianza.
- Humboldt, A. B. de. (1991). *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*. Venezuela: Monte Ávila.
- Iovchuk, M., Oizerman, T. & Schipanov, E. (1980). *Historia de la Filosofía. Tomos I y II*. Moscú: Progreso.
- Konstantinov, F. (1965). *Fundamentos de la filosofía marxista*. México: Grijalbo.
- Mora, P. (1999). "Bolívar escritor ante el espejo de la crítica". *Especulo: Revista de estudios literarios*, (12). Recuperado de: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero12/bolivar.html>

- Ortega y Gasset, J. (1983). *La rebelión de las masas*. Barcelona: Orbis.
- Ortega y Gasset, J. (1994). *Obras completas*. Tomos I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X. Madrid: Alianza.
- Roig, A. (1984, Julio). Bolívar y la filosofía de la historia. Ponencia presentada al *III Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana*. Universidad Santo Tomás. Bogotá.
- Rorty, R. (1989). *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Tomás de Aquino, S. (1981). *De los principios de la naturaleza*. Buenos Aires: Aguilar.
- Shopenhauer, A. (1992 [1819]). *El mundo como voluntad y representación*. México: Editorial Porrúa.